

PQ 6171
N.º 8
v. 4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

(1856-1912)

«La voce sua era come la voce di un popolo intero; nel suo cuore era il palpito del cuore dei milioni.»
(ARTURO FARINELLI: *En memoria de Menéndez y Pelayo.*)

I

LA VIDA

«Recuerdo—escribía en 16 de Mayo de 1878 el autor de la exquisita *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, al de la deliciosa *Pepita Jiménez*—que nuestro amado é ilustre compañero Hartzbusch me habló alguna vez de un mozo de pocos años, que llamaba la atención en la Biblioteca Nacional por su asidua asistencia, por su corta edad, por su perseverante estudio, y hasta por la importancia de los libros y manuscritos cuya lectura solicitaba.»

Ese «mozo de pocos años», que antes de los veinte había llamado tan poderosamente la atención de Hartzbusch, de Cueto, de Valera y de D. Fermín Caballero (1), era D. Marcelino Menéndez y Pelayo, nacido en Santander, el 3 de Noviembre de 1856.

Fueron sus padres D. Marcelino Menéndez y Pintado, natural de la villa de Castropol en Asturias, y catedrático de Matemáticas en el Instituto provincial de segunda enseñanza de Santander (2); y Doña María de Jesús Pelayo, natural de esta última ciudad.

La Montaña, no sólo fué la cuna de Menéndez y Pelayo, sino el amor de sus amores. Á través de ella quiso entrañablemente á España, y en ella deseó morir. Sus primeros trabajos, á ella fueron dedicados, y él se complacía siempre en recordar que aquella tierra fué engendradora de las razas generosas de que procedieron el Marqués de Santillana, Garcí-Lasso, Lope de Vega, Calderón y Quevedo; y la patria de Beato de Liébana, gloria de la Iglesia española; del gran prosista Fray Antonio de Guevara, del arquitecto Juan de Herrera, del célebre Martín del Río, autor de las *Disquisitiones magicæ*; del dramaturgo D. Antonio de Mendoza, del infatigable erudito D. Rafael Floranes, de Fray José de la Canal, del ilustre bibliófilo La Serna Santander, de Trueba y Cosío, y de Pereda, el más castizo novelista que produjo España en el siglo XIX....

(1) Véase la *Advertencia final* del libro de Caballero: *Alonso y Juan de Valdés* (Madrid, 1875), donde menciona con elogio á Menéndez y Pelayo.

(2) Conozco las siguientes obras suyas: *Principios de Aritmética y Algebra...*, segunda edic.; Madrid, Tello, 1887. En 4.º

Principios de Geometría y Trigonometría..., segunda edic.; Madrid, Tello, 1890. En 4.º

010605

«Puso Dios en mis cántabras montañas (escribía en 1877)
 auras de libertad, tocas de nieve,
 y la vena del hierro en sus entrañas:
 tejió del roble de la adusta sierra
 y no del frágil mirto su corona;
 que ni falerna vid ni ático olivo,
 ni siciliana mies ornan sus campos,
 ni allí rebosan las colmadas trojes,
 ni rueda el mosto en el lagar hirviente;
 pero hay bosques repuestos y sombríos,
 misterioso rumor de ondas y vientos,
 tajadas hoces, y tendidos valles
 más que el heleno Tempe deleitosos,
 y cual baño de Náyades la arena
 que besa nuestro mar; y sus mugidos,
 como de fiera en coso perseguida,
 arrullos son á la gentil serrana,
 amor de Roma y espantable al Vasco,
 pobre y altiva, y, como pobre, hermosa.»

Y, en la *Carta* á sus amigos de Santander, declaraba:

«Ni ingenio ni saber en mí premiaste;
 sólo el intenso amor irresistible
 que hacia las letras dirigió mis años,
 y aquel amor más íntimo y potente
 á mi dulce Cantabria, tierra santa,
 la tierra de los montes y las olas,
 donde ruego al Señor mis ojos cierre,
 sonando, cual arrullo, en mis oídos,
 lento el rumor de su arenosa playa.»

Concurrió en Santander á la escuela de primeras letras de D. Víctor Setién y Zubieta, y allí mismo comenzó á llamar la atención de sus compañeros. Uno de éstos, entrañable amigo suyo de toda la vida, D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, cuenta que Menéndez, «sin dejar de ser afectuoso y expansivo con sus compañeros, como lo fué siempre, tenía por entonces cierta gravedad algo melancólica, impropia de sus pocos años. Yo no recuerdo—dice—haberle visto nunca jugar á ninguno de los juegos con que nos divertíamos y gozábamos, cuál más, cuál menos, los demás niños de su edad; y no me hace mudar de opinión la casualidad de conservarse en su casa un retrato suyo de aquel tiempo, en el que está de pie con un sable en la mano... Las verdaderas inclinaciones de Marcelino iban ya, desde entonces, por muy otro rumbo. Se susurraba entre los chicos de la escuela, que doña Jesusa, su madre, había tenido que tomar precauciones para evitar que el niño se pasase las noches leyendo á la luz de los cabos de vela sobrantes que, según decían, cogía y guardaba con este propósito tan desusado, y que á muchos (como es de suponer) les parecía extravagante. Á juicio de aquellos infantiles críticos, Marcelino era un fenómeno.»

Cuando entraba en los diez años de edad (en 1866), comenzó Menéndez y Pelayo los estudios del Bachillerato. Constaba entonces éste, menos recargado y absurdo que ahora, de cinco cursos, donde figuraban las siguientes materias:

- I. Primer año de Latín y Castellano.—Doctrina Cristiana é Historia Sagrada (primer año).
- II. Segundo año de Latín y Castellano.—Doctrina Cristiana é Historia Sagrada (segundo año).
- III. Retórica y Poética.—Geografía.—Historia de España.—Aritmética y Álgebra.
- IV. Psicología, Lógica y Ética.—Fisiología é Higiene.—Historia Universal.—Geometría y Trigonometría.
- V. Física y Química.—Historia Natural.

Siguió Menéndez y Pelayo estos cinco cursos (desde el de 1866 á 1867 hasta el de 1870 á 1871) con tal aprovechamiento, que obtuvo el «premio ordinario» en todas las asignaturas, excepto en la de Geometría y Trigonometría, en la cual renunció á hacer la oposición que tenía solicitada, por ser su padre uno de los jueces que componían el Jurado. En 26 de Junio de 1871 practicó, en el mismo Instituto de Santander, los dos ejercicios del grado de Bachiller, obteniendo luego, en pública oposición, el día 28, el «premio extraordinario» en la Sección de Letras, honor que, hasta entonces, á nadie había sido concedido allí.

«Cuando cursaba el Bachillerato, iba con frecuencia á la librería de un tal Fabián Hernández (editor del famoso *Libro Becerro de las Behetrías de Castilla*), en donde se reunían su tío (D. Juan Pelayo y España, médico, novelista, y poeta de agudo ingenio) y otros redactores y colaboradores de *La Abeja* á charlar de novedades literarias después de haber cesado en su publicación el periódico, y como niño curioso, y más que curioso, insaciable de saber, no dejaba parar ningún libro en los estantes. Tenía aquel librero achaques de bibliófilo, y dió en el tema de que se hallaba en posesión de un ejemplar de la primera edición del *Quijote*, con notas de puño y letra del propio Cervantes, en las cuales, anticipándose á la crítica de la posteridad, explicaba de mejor ó peor manera muchos de los descuidos y leves defectos que en su obra inmortal señalaran Clemencín y otros comentadores. Á tan extraño y singular capricho dedicó en la prensa varios artículos, que daban materia de regocijados comentarios á sus contertulios. La tertulia del librero Fabián Hernández, fué el primer ambiente literario que Marcelino respiró fuera de las aulas del Instituto» (1). Allí también adquirió uno de los primeros libros de su biblioteca: las *Disquisitiones magice* del P. Martín del Río.

La lengua latina, en la cual llegó á ser Menéndez y Pelayo consumado maestro, estudióla bajo la dirección del profesor D. Francisco María Ganuza; y, no contento con los dos cursos oficiales, siguió dando lección particular con el catedrático hasta graduarse de Bachiller. Varias veces le oí decir, en sus últimos años, que nadie podía ser perito en dicha lengua, sin dedicarse, cuatro años por lo menos, á traducir los clásicos.

Por aquellos tiempos estudió también el inglés, en unión de su amigo D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja. En el francés y en el italiano fué autodidacto, y los hablaba corrientemente. El alemán lo estudió mucho más tarde.

Fué su profesor en Filosofía un D. Agustín Gutiérrez, autor de cierto *Curso completo de Filosofía elemental*, en dos tomos (Santander, Hijos de Martínez, 1860-1863), regularmente escritos y donde se muestra algo enterado de los progresos del pensamiento en su tiempo. Dividía la Psicología en Estética, Noología y Prasología, dedicando una lección final á la *Síntesis anímica*; y la Lógica, en Crítica, Metodología, Gramática y Dialéctica. Su pensamiento era muy afín del de Reid, Cousin, Royer-Collard y Laromiguière, á quie-

(1) G. Cedrún de la Pedraja: *La niñez de Menéndez y Pelayo*; Madrid, 1912.

nes cita con frecuencia en el *Curso*. Allí, y no en Barcelona (como se ha creído), adquirió Menéndez y Pelayo sus primeras aficiones á la tradición moderada y analítica de la escuela escocesa.

El Sr. Cedrún refiere la siguiente anécdota, relativa á los estudios filosóficos de don Marcelino: «En aquella cátedra de Filosofía, al llegar el curso á cierta altura, acostumbraba el profesor á distribuir los alumnos en trincas, dando á cada uno un tema para que lo desarrollase por medio de un discurso escrito, á cuya tesis debían hacer objeciones en forma silogística los contrincantes. Llegó el día en que debía de actuar Marcelino. Se llenó el aula. Acudimos á ella muchos que todavía no estudiábamos Filosofía. El disertante mantenía como tesis la inmortalidad del alma, y todos nos quedamos pasmados al verle, con los papeles del discurso arrollados en la mano, recitar en latín, á guisa de tema de oración sagrada, un larguísimo párrafo de las *Tusculanas* de Cicerón, pertinente al caso. Luego empezó á leer, y lo escrito guardaba proporción con lo recitado. Hay que advertir, á todo esto, que el disertante tenía trece años. Pero faltaba la segunda parte del ejercicio: los *argumentos*.... Llegó un momento en que no acertó á encontrar salida en medio de aquel laberinto de *mayores, menores y consecuencias*. ¡*Ergo conclusus!*, exclamó su adversario, con la voz tonante y triunfadora que era de rigor en tales casos. Por el momento no pasó nada más. Pero testigos mayores de toda excepción, aseguraron que, al terminar la clase, se había visto á Marcelino llorar de rabia y darse materialmente de cabezadas contra las paredes del patio». (1).

* * *

Pertrechado de laureles académicos, admirado de sus condiscípulos, y provisto de los conocimientos humanísticos, literarios y filosóficos á que nos hemos referido, y hasta de un *poema épico* (2) escrito á las trece años, trasladóse Menéndez y Pelayo á Barcelona en 1871, para estudiar la carrera de Filosofía y Letras. «Fué á estudiar Filosofía y Letras á Barcelona—escribe el Sr. Cedrún,—por dos razones: la primera, porque allí vivía, siendo profesor de aquella Universidad, el Dr. Luanco, erudito historiador de la Alquimia en España, paisano y amigo de su padre; la segunda, porque á éste no le agradaban las doctrinas racionalistas de algunos catedráticos de la Facultad de Letras de Madrid.» «No difería esta escuela—escribe Menéndez y Pelayo en 1908, hablando de la Universidad barcelonesa—en su organismo oficial, de lo que eran las restantes de España, sometidas á triste uniformidad después que el plan centralista de 1845 acabó con los restos de la autonomía universitaria, que ahora tímidamente intenta renacer. Pero en Barcelona, como en otros centros de antigua cultura y de vida moderna más ó menos intensa, nunca se había extinguido la espontaneidad nativa del carácter provincial, y en la enseñanza, como en todo, se manifestaba, aunando venerables tradiciones con impulsos y anhelos de renovación, sentidos allí antes que en otras partes de la Península. Tenía, pues, la Universidad barcelonesa en 1870 sus dotes características, que en gran manera la diferenciaban dentro de nuestra vida académica tan pobre y lánguida; y por ellas había conquistado, sin ruido ni aparato externo, cierta personalidad científica, una vida espiritual propia, aunque modesta, que daba verdadera autoridad moral á algunos de sus maestros, haciéndolos dignos educadores de almas y nobles representantes del pensar de su pueblo. Here-

(1) El adversario de Menéndez y Pelayo en aquella justa filosófica, é íntimo amigo suyo durante toda su vida, fué D. José Ortiz de la Torre, gloria de la Cirugía española.

(2) Poema (en octavas reales) á la muerte de D. Alonso de Aguilar, héroe de algunos de los más bellos romances de la conquista de Granada. Ocurrió la heroica muerte de D. Alonso en Sierra Bermeja, á 18 de Mayo de 1501.

dera la Universidad, por una parte, del floreciente «romanismo» de la escuela de Cervera, de la tradición jurídica, arqueológica y de humanidades que se compendia en el gran nombre de Finestres; y, por otra, de las tradiciones de la ciencia experimental, que había sido profesada no sin brillo en la antigua Escuela de Medicina y en los Estudios de la Casa-Lonja, mostró desde los primeros días un *sentido histórico y positivo*, de pausada indagación y recta disciplina, nada propenso á brillantes generalizaciones, intérprete y no deformador de la realidad; tímido, pero seguro, en sus análisis; respetuoso con todos los datos de la conciencia; atento á los oráculos de la venerable antigüedad, sin acercarla ni alejarla de nosotros demasiado. Y este sentido, con la variedad propia de cada género de estudios, inspiró lo mismo á los juriconsultos que á la luz de la escuela histórica comenzaron la rehabilitación de las antiguas instituciones, que á los psicólogos partidarios de la escuela de Edimburgo, y á los críticos y artistas que, educados en el romanticismo arqueológico, llegaron á convertir en doctrina estética lo que había sido al principio intuición genial. En esta escuela me eduqué primeramente, y aunque la vida del hombre sea perpetua educación, y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu, que, á falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo es el que debo á la antigua escuela de Barcelona, y creo que substancialmente no se ha modificado nunca.»

En la Universidad de Barcelona siguió Menéndez y Pelayo los cursos de 1871 á 1872 y 1873 á 1874, estudiando en el primero las asignaturas de Literatura general y española, Literatura latina, Geografía y Lengua griega, cuyos profesores eran, respectivamente, el insigne D. Manuel Milá y Fontanals, D. Jacinto Díaz, D. Cayetano Vidal y Valenciano y D. Antonio Bergnes de las Casas.

Hizo su *debut* en la clase de Literatura general, «y por tan maravilloso modo—escribe García Romero,—con tan desusada maestría, explicó el *concepto de la belleza* y las infinitas teorías que desde Platón acá han venido exponiéndole, que de aquel día data el respecto y admiración con que le trataron siempre sus condiscípulos, reconociendo noblemente la infinita superioridad en cuestiones literarias de un chicuelo que por aquel entonces tenía ¡*quince años!*»

Allí tuvo por amigos y condiscípulos, entre otros, á Rubió y Lluch, Franquesa y Gomis, Gres, Herminio Fornés, Federico Schwartz y Bertrán y Bros, siendo el primero de los citados su más íntimo amigo en Barcelona, y de quien él loaba, en Noviembre de 1882, con ocasión de prologar su notable libro sobre *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*, las aventajadas dotes de investigador y crítico, la penetración y firmeza en el juzgar, el sentido verdadero y personal de la belleza artística, la cultura intelectual que no es frecuente en nuestra patria, el fácil y ameno estilo, y cierto reposo y elevación moral, que cuadraban bien á la escuela en que se educó y á las gloriosas tradiciones que había recibido de su padre (D. Joaquín Rubió y Ors), añadiendo que su objeto, en el Prólogo, era que sus nombres quedasen unidos, «como lo han estado siempre, desde que la suerte quiso juntarnos en aquella cátedra del Dr. Milá, donde cada palabra era una semilla, y cada pensamiento una revelación».

Habitó Menéndez y Pelayo, en Barcelona, en la calle de la Fuente de San Miguel, 2, 3.º Los domingos solía ir á comer en casa del Dr. D. Joaquín Rubió, poeta notabilísimo é investigador de gran mérito. Sus paseos predilectos eran la carretera de Sarriá ó la muralla del mar.

Llegado el mes de Junio de 1872, y habiendo aprobado con brillante éxito las cuatro asignaturas, Menéndez y Pelayo volvió á Santander á pasar las vacaciones de verano. En 12 de Setiembre solicitó tomar parte en la oposición á los premios de aquéllas. Los ejercicios tuvieron lugar el día 27, disertando D. Marcelino acerca de los siguientes te-

mas: *Teatro español; Poetas trágicos latinos, fijándose especialmente en los de la 2.ª época; La Tierra considerada como cuerpo celeste, y Verbos en μ* . Obtuvo premios en las tres primeras, ó sea en Literatura general y española, Literatura latina y Geografía; pero no en la cuarta (Lengua griega), donde le fué «aprobado el ejercicio por unanimidad; pero no le fué concedido el premio, por no haber tratado bien el tema». No deja de ser esto significativo, mucho más si tenemos en cuenta las aficiones humanísticas de D. Marcelino; y no prueba otra cosa sino lo que es notorio desde tiempos bien antiguos: que se puede saber mucho latín y mucho griego, como también mucho castellano, conociendo medianamente la gramática.

En el año académico de 1872 á 1873, cursó Menéndez y Pelayo en Barcelona las asignaturas de Literatura griega, con D. Jacinto Díaz; Lengua hebrea, con D. Mariano Viscasillas y Urriza, é Historia Universal, con D. Joaquín Rubió y Ors.

Durante este curso, Menéndez y Pelayo hizo sus primeras armas ante el público no universitario. El Ateneo barcelonés trataba de conmemorar con una sesión solemne el aniversario de la muerte de Cervantes. Invitado Menéndez á tomar parte en esta sesión, preparó en brevísimo tiempo el estudio: *Cervantes considerado como poeta*, fechado el 23 de Abril de 1873, y leído el 28 de dichos mes y año. El discurso versa principalmente sobre *La Numancia*, que Menéndez y Pelayo considera, sin comparación, como «la obra de más mérito que produjo el teatro español anterior á Lope de Vega. No pueden ponerse á su lado—dice—ni las tragedias de Juan de la Cueva, ni las de Cristóbal de Virués, ni la *Isabela* y la *Alejandra* de Lupercio Leonardo de Argensola. La *Nise Lastimosa* de Jerónimo Bermúdez es una obra más clásica, más correcta, llena en ciertos casos de ternura y de sentimiento; pero, además de no presentar un argumento tan nacional como el de *La Numancia*, además de que sus versos no tienen la robustez que supo dar á los suyos Cervantes en algunas escenas de su tragedia, la obra del monje gallego no es más que una imitación bien hecha de la *Inés de Castro*, tragedia portuguesa de Antonio Ferreira, y el mismo Bermúdez fué muy desgraciado cuando quiso continuar la obra de su modelo, escribiendo la *Nise laureada*. *La Numancia* está separada de todo lo que la rodea, y forma época en la historia del Teatro español, anunciando ya el drama nacional tal como lo concibió Lope de Vega.»

Durante su estancia en Barcelona, tuvo Menéndez y Pelayo frecuente ocasión de visitar los Archivos y Bibliotecas públicas y privadas de aquella ciudad. Conoció también al catedrático de Filosofía D. Francisco Javier Lloréns y Barba, uno de los representantes más insignes que en España ha habido de la escuela escocesa, que D. José Joaquín de Mora había importado, y que tuvo además, en la región levantina, discípulos tan eximios como D. Pedro Codina y Vilá y Martí de Eixalá (aparte de Monlau y de Beato).

Pero la figura más ilustre y que mayor influjo ejerció en Menéndez y Pelayo, fué la de D. Manuel Milá y Fontanals. «Su dicción—escribe aquél—era pausada, lenta, premiosa, monótono el ademán y el gesto, algo opaca la voz y como velada. Había conseguido, á fuerza de estudio, dominar su acento nativo y limar las asperezas del lenguaje, y hablaba con tan rara corrección, que hubiera podido estamparse todo lo que decía. Pero no se veía en él ningún conato de agrandar; ni cayó nunca en artificios indignos de la severa exposición doctrinal. No hablaba al sentimiento, sino á la razón, y era tan sobrio y económico de palabras hablando como escribiendo. Amplificaba lo menos posible; pero fijaba con mucha insistencia los puntos culminantes, para que sirviesen como tema de meditación á sus alumnos y fuesen despertando en ellos el hábito de pensar, al cual solían ser tan ajenos por su educación primera. Usaba alguna vez el método socrático, pero menos acaso de lo que debiera, y menos que Lloréns por de contado. Aclaraba la lección con oportunos ejemplos que solía llevar escritos, no fiándose ni aun en esto de su felicísima y

bien ordenada memoria. Receloso contra las vaguedades de la estética pura, presentaba siempre el hecho artístico al lado de la teoría, y hacía frecuentes aplicaciones á las diversas artes, con lo cual agrandaba de un modo insensible el horizonte intelectual de sus discípulos. En la recomendación de autores y de libros era muy cauto, absteniéndose de citar algunos ni aun para refutarlos. Practicaba con el mayor rigor la máxima de Juvenal: *maxima debetur puero reverentia*, y no hubiera aplicado á los hijos de su sangre, si Dios se los hubiese concedido, más vigilante y amoroso celo que á los hijos de su enseñanza, respecto de los cuales se consideraba investido de una especie de cura de almas. Pero todo esto en una esfera superior, sin hazañerías ni trampantojos, sin disciplina de colegio, sin sombra de «filisteísmo», que es el peor lenguaje que se puede hablar á estudiantes y que, en vez de prevenir, fomenta todo género de anarquías y rebeliones intelectuales. En la clase de Milá no se hablaba más que de estética y de literatura, pero se respiraba una atmósfera de pureza ideal, y se sentía uno mejor después de oír aquéllas pláticas, tan doctas y serenas, en que se reflejaba la conciencia del varón justo, cuyos labios jamás se mancharon con la hipocresía ni con la mentira.»

Los méritos de Milá como provenzalista, como filólogo catalán, como *folklorista* y colector de la poesía popular, como historiador literario de la Edad Media, y como artista, fueron admirablemente expuestos por el mismo Menéndez y Pelayo, heredero de sus papeles literarios, en su famosa *Semblanza*, escrita en 1908. Allí recuerda que Milá fué «nuestro primer provenzalista, ó, por mejor decir, el único que España ha producido después del canónigo Bastero, auténtico precursor de Raynouard»; que fué igualmente el primero, «á lo menos en España, que aplicó los procedimientos de la novísima filología á la variedad catalana de la lengua de *oc* y al catalán vulgar de Barcelona, llegando á entrever alguna importante ley fonética, en cuya comprobación trabajaba con ahínco cuando le sorprendió la muerte»; que también fué el primero, á la vez que el gran poeta portugués Almeida Garrett, «que en la Península publicó colecciones de romances directamente recogidos de la tradición oral, completando con ellos las riquísimas colecciones castellanas, tan conocidas y celebradas desde antiguo, y abriendo nuevo y profundo surco en el estudio del alma colectiva de nuestra raza»; y, por último, que «la epopeya francesa y la castellana de la Edad Media fueron el campo principal de sus estudios y meditaciones», dilucidando así magistralmente «la unidad de nuestra poesía heroica, el verdadero sentido en que ha de tomarse el ambiguo nombre de popular que lleva, la genealogía de los romances y su derivación mediata ó inmediata de los cantares de gesta, las relaciones entre la poesía y la historia, el valor de las crónicas como depósito de la tradición épica y medio de reconstituir los poemas perdidos, el influjo de la epopeya francesa en la castellana, desconocido por unos y exagerado por otros, la teoría métrica del verso de las primitivas gestas y sus evoluciones».

En suma: «*La implantación en España de los modernos métodos de investigación crítica, á Milá se debe principalmente*, y aunque apenas hiciese excursiones fuera del campo de la historia literaria, y en él se concretase á cierta época y á ciertos géneros, su ejemplo pudo y debió ser transcendental á otras ramas de estudios, y no sólo en los cultivadores de la tradición poética, sino hasta en los de la historia jurídica estampó su huella.... Y toda gratitud es poca para los hombres como Milá, que prepararon con esfuerzo casi solitario esta obra de madurez intelectual, contrastando con su asidua labor pedagógica y con la persuasiva moderación de su estilo, el influjo enervante de la retórica estéril y de la erudición inexacta y confusa, que tan sueltas andaban por aquellos tiempos, y tanto nos cuesta hoy mismo reducir á disciplina en el espíritu propio y en los ajenos.»

Ha de tenerse en cuenta, por último (y en esto insistía Menéndez y Pelayo al hacer la semblanza del maestro), que Milá era, dentro de Cataluña, «un castellanista fervoroso y

convencido». Sostuvo siempre (y dió ejemplo de ello) que los trabajos científicos debían escribirse en el idioma oficial del reino, con lo cual se lograría su mayor difusión. «El gran monumento de su ciencia, el que domina su obra entera, es un tratado de la epopeya castellana. El que en su oración inaugural de 1864, llena de intuiciones y rasgos geniales, verdadero vuelo de águila crítica, trazaba la más luminosa síntesis de nuestros anales literarios; el que llamaba al castellano una de las lenguas más hermosas que han hablado los hombres; el que difundía desde la cátedra el culto de Fr. Luis de León; el que pagó tan noble tributo á Cervantes, á Quevedo, á Calderón, á Moratín; el que en revistas críticas no bastante conocidas juzgó con tanta penetración y cariño la literatura de su tiempo, desde Zorrilla á Fernán Caballero; el que sabía de memoria la mayor parte de los romances viejos y decía del «Poema del Cid» que debía escribirse con letras de oro, nunca ni para nadie pudo ser sospechoso de tibio españolismo. Frecuentemente repetía el dicho de Capmany: «no puede amar á su nación quien no ama á su provincia», tomando, por supuesto, esta palabra «provincia», no en su acepción administrativa, sino en la étnica y tradicional. Como él pensaban y sentían todos los grandes catalanes de su generación y de la anterior. La misma pluma que escribió la historia mercantil de Barcelona y comentó el *Libro del Consulado*, fué la que erigió el *Teatro crítico de la elocuencia castellana* y exacerbó hasta el delirio la pasión patriótica en el *Centinela contra franceses*. El poeta de la grande y solitaria oda que por universal consentimiento llamamos «á la patria catalana», todavía es más conocido como fundador de la *Biblioteca de Autores Españoles*, cuyos primeros tomos ilustró con prólogos elegantísimos. Piferrer, de quien no conozco una sola línea en catalán, ni siquiera en sus cartas familiares, fué un maestro de la lengua y de la crítica en su libro de *Clásicos Españoles*. Las obras de Coll y Vehí son la flor de la antigua preceptiva, y nadie, excepto el americano D. Andrés Bello, le ha igualado en el análisis prosódico de la versificación castellana.»

Larga ha sido la cita, pero indispensable. Nadie mejor que Menéndez y Pelayo podía decirnos cómo fué y qué representó su maestro. Por otra parte, convenía puntualizar, con palabras auténticas y de las que ninguna duda ofrecen, ciertos extremos que la pasión de secta ó de partido pudiera obscurecer y tergiversar. Por lo demás, la influencia de Milá sobre el espíritu de su discípulo predilecto fué algo más tardía de lo que se supone, y nunca llegó á significar una identificación de métodos. La crítica literaria, para Milá, fué más bien ciencia que arte; en Menéndez y Pelayo, por el contrario, predominó el sentido creador y artístico, y esto explica también su más universal influjo.

* * *

Si la estancia en Barcelona de D. José Ramón de Luanco determinó, como hemos visto, el viaje de Menéndez y Pelayo á la ciudad condal en 1871, la venida del mismo Luanco á Madrid, para ser juez en el Tribunal de oposiciones á la cátedra de Química de la Universidad de Valladolid, dió lugar á que su joven pupilo le acompañase; y así, en vez de matricularse éste en Barcelona, para el curso de 1873 á 1874, hizo lo en la corte (1), cursando las asignaturas de «Historia de España», «Estudios críticos sobre autores griegos» y «Metafísica», en la Facultad de Filosofía y Letras, y la de «Bibliografía», en la Escuela Superior de Diplomática.

Sin duda, en este curso de 1873 á 1874, además de sus trabajos universitarios, ocupóse Menéndez y Pelayo en registrar las bibliotecas y en acopiar datos para su *Biblioteca*

(1) Vivía en la calle de Silva, núm. 4, principal.

de traductores españoles, primer gran proyecto que había meditado en Barcelona y en que no cesó de ocuparse durante toda su vida. En Barcelona también había comenzado una traducción de las Tragedias de Séneca, obras que, para vergüenza nuestra, todavía no están vertidas al castellano (1). Además, siguió colaborando en la *Miscelánea científica y literaria*, periódico fundado en Barcelona por algunos Profesores y estudiantes, y donde Menéndez y Pelayo dió á luz varias de sus primeras poesías. En ese periódico, que se publicó durante el año 1874 y primer semestre del 1875, colaboraron Milá, Dolores Monserrdá, Victoriano Santamaría, Manuel de Larratea, Enriqueta Lozano de Vilches, Sañudo Autrán, Narciso Oller, Manuel del Palacio, Víctor Roselló, Carlos Esquerdo, Puiggarí, Reñé y Viladot, Bertrán y Bros, Fiter é Inglés, Llorach, Juan de Arana, Francisco Gras, Salas y Antón, Federico Schwartz, Roca y Florejachs, Tort y Martorell, José Ixart, Valls y Vicens, Maluquer y Viladot, y otros muchos, algunos de los cuales alcanzaron nombre ilustre en la república de las letras (2).

Llegó el mes de Junio de 1874, y Menéndez aprobó las asignaturas de «Historia de España» y de «Estudios críticos sobre autores griegos»; pero no llegó á examinarse de «Metafísica», cuyo Profesor era Nicolás Salmerón. No está bien claro lo que ocurrió con ese motivo. García Romero afirma que Menéndez y Pelayo no se presentó á examen porque, el 31 de Mayo, Salmerón «prometió suspender á cuantos discípulos entrasen á examen, dado que ni uno había sorprendido las *sublimidades* de la ciencia krausista» l Menéndez y Pelayo, por su parte, asegura en cartas particulares que la *falange krausista* le hizo pasar muchos «malos ratos» en aquel mes de Junio «de infausta recordación». E. hecho fué que trasladó la matrícula á la Universidad de Valladolid, donde se examinó de Metafísica por enseñanza libre, aprobando la asignatura.

En la animadversión de D. Marcelino contra los krausistas, había mucho de antipatía natural, invencible y permanente, además de la diferencia radical de sistema filosófico y de principios religiosos. Y como él fué siempre hombre de una pieza, franco y espontáneo, sin reticencias ni contemplaciones, dijo lo que pensaba con toda sinceridad, é hizo bien en decirlo, si así lo creía. En el tomo III de la *Historia de los heterodoxos españoles*, acabado de imprimir á 26 de Junio de 1882 (págs. 803 y sigs.), censura en Salmerón su educación exclusiva y puramente krausista y lo cerrado é intransigente de su espíritu y sistema, añadiendo: «En los pocos escritos suyos que conozco, y que con grandísima fatiga he leído (disertación sobre el *Concepto de la Metafísica* y otra sobre *La idea del tiempo*), así como en sus lecciones orales (de las cuales todavía me acuerdo con terror, como quien ha salido de un profundísimo sepulcro), Salmerón sigue paso á paso las lecciones de su maestro (*Sanz del Río*), acrecentadas con tal cual rareza de expresión, verbigracia, cuando nos enseña que «yo y mi esencia, con el uno y todo que yo soy, existo en la eternidad, en unidad sobre la contrariedad de la preexistencia y de la post-existencia, que sólo con relación al tiempo hallo en mí, sabiéndome de la eternidad como de propiedad mía». Quizá hoy el mismo Sr. Salmerón se ría de esta jerga, y dará en ello una prueba de buen entendimiento, ya que por naturaleza le tiene robusto».

La antipatía á que antes me he referido subsistió siempre. Recuerdo, como dato comprobante, que en 1910, cuando tratábamos de enviar á París uno de los dos retratos que

(1) Tradujo Menéndez y Pelayo, en prosa, la *Medea*, el *Agamenón* y buena parte del *Hipólito*. Refiriéndose á estas versiones, escribía á Laverde, en 1.º de Abril de 1877, desde Roma: «Deben andar entre mis papeles, pero sin corregir ni poner en limpio. Quisiera versificar á lo menos los coros.» También tradujo, por aquellos tiempos, *Los cautivos*, de Plauto, que se publicaron en 1879.

(2) Cons. Juan Maluquer y Viladot: *Menéndez y Pelayo. Recuerdos de juventud*, en el *Diario de Barcelona* de 12 de Julio de 1912 (edición de la mañana).

Kaulak había hecho de Menéndez y Pelayo, para que Dujardin trabajase en el magnífico heliograbado que salió al frente de la nueva edición de los *Heterodoxos*, me encargó con encarecimiento extraordinario que se remitiese uno de ellos, pero no el otro, «porque la expresión de éste se parecía muchísimo á la de D. Nicolás».

Y, sin embargo, Salmerón, además de ser hombre de extraordinario talento, como Menéndez y Pelayo reconoce, era persona de noble corazón y de purísimas intenciones. Yo, que durante varios años seguí los cursos de ambos, puedo afirmarlo con perfecta conciencia. La clase de Salmerón era para el alumno motivo de sutilísimos ejercicios dialécticos, que aguzaban su ingenio y le habituaban á pensar por cuenta propia en los problemas filosóficos. Pero convengo también en que Menéndez y Pelayo está en lo cierto cuando censura la barbarie de ciertas locuciones, y reconozco sin dificultad que no era la transigencia su virtud predominante. No eran, sin embargo, menos bárbaras otras expresiones del tomista Ortí y Lara, ni más brillante su tolerancia. Por eso le increpa también Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas*, con no menor dureza. Aparte de ésto, entre los arrojados krausistas de entonces, que proclamaban sus ideas á los cuatro vientos y sufrían persecuciones *por la justicia*, y ciertos ladinos sucesores de ahora, que cubiletean en todos los presupuestos, van del brazo con todos los Gobiernos, y no buscan tanto la afinidad del pensamiento como las concomitancias de la conducta, me atengo más á los primeros que á los segundos.

Volviendo á nuestra narración, recordaremos que Menéndez y Pelayo, aprobada la Metafísica en la Universidad de Valladolid, tomó en ésta el grado de Licenciado el 27 de Setiembre de 1874, disertando sobre el tema «Examen y juicio crítico de los concilios de Toledo», y obteniendo la nota de Sobresaliente. El día 29 hizo las oposiciones al premio extraordinario del grado, que ganó también, escribiendo un notable estudio acerca del tema: «Conceptismo, Gongorismo y Culteranismo. Sus precedentes. Sus causas y efectos en la Literatura española.» Fueron sus jueces: D. Gumersindo Laverde Ruiz, D. José Muro y D. Gregorio Martínez Gómez.

El nombre de D. Gumersindo Laverde nos pone en presencia de uno de los varones que mayor influencia ejercieron en los primeros trabajos de Menéndez y Pelayo, y á quienes éste más entrañablemente amó. Su correspondencia, desde Octubre de 1874 hasta fines de 1890, no sufrió interrupción, y en ella ponía el Maestro todas las efusiones de su alma, dándole además cuenta de todos sus proyectos y trabajos.

Todavía en 1911 recordaba Menéndez y Pelayo, en un discurso suyo, aquel «varón de dulce memoria y modesta fama, recto en el pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y patriotismo, purificada en el yunque del dolor hasta llegar á la perfección ascética. Llamábase este profesor D. Gumersindo Laverde; escribió poco, pero muy selecto, y su nombre va unido á todos los conatos de historia de la ciencia española, y muy especialmente á los míos, que acaso sin su estímulo y dirección no se hubiesen realizado».

No se le puede ocultar, en efecto, á cualquiera que lea con atención los preciosos *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura é Instrucción pública españolas* de D. Gumersindo Laverde (Lugo, Soto Freire, 1868), que allí está, en germen, *La ciencia española*. Ningún campeón tan infatigable ha habido de nuestra filosofía como aquél venerable maestro. No sólo escribió notables artículos acerca de algunos de nuestros pensadores (v. gr., Fox Morcillo), sino que procuró determinar la filiación de sus escuelas, propuso la creación en nuestra Facultad de Filosofía de una cátedra de *Historia de la filosofía ibérica*, y aun publicó, en 1859, el prospecto de una *Biblioteca de filósofos ibéricos*, que no llegó á ver la luz. Recorriendo las páginas de los *Ensayos críticos*, salen al paso nombres, indicaciones y proyectos que parecerán familiares al que haya leído *La ciencia española*.

Menéndez y Pelayo trabó amistad íntima con Laverde en este viaje á Valladolid en 1874. Licenciado ya en Filosofía y Letras, volvió á Madrid en Octubre de 1874, matriculándose en las asignaturas del Doctorado, que aprobó en Junio de 1875, doctorándose en el mismo mes, mediante la presentación de su tesis sobre: «La novela entre los latinos.—El *Satyricón* de Petronio.—Las *Metamorfosis* ó *El Asno de Oro* de Apuleyo». Obtuvo además el premio extraordinario, y fueron sus jueces D. José Amador de los Ríos, D. Alfredo Adolfo Camús y D. Francisco Fernández y González. También fué premiado, anteriormente, en las asignaturas de Estética y de Literatura española. La tesis doctoral se imprimió en Santander, el mismo año de 1875.

En aquel curso de 1874 á 1875, los trabajos de Menéndez y Pelayo se acrecentaron de modo considerable. Seguía recogiendo datos (muchos de los cuales comunicaba á Laverde) para la *Biblioteca de traductores*, y se ocupaba también en una *Bibliografía de escritoras españolas* y en los *Estudios sobre escritores montañeses*, obra ésta que pensaba escribir en unión de Laverde. En 1.º de Octubre de 1874 decía á este último: «Recorriendo las obras del sabio Arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín, para extender su artículo, como traductor de la *Ciropedia* de Jenofonte, he tropezado con una noticia que creo de bastante importancia para nuestra historia literaria. De una carta dirigida desde Bolonia á un amigo suyo, en 1540, se deduce que él fué el primero que ensayó en nuestra lengua la metrificacón latina. El editor italiano, en una nota á dicha carta, transcribe unos sáficos adónicos, que son, al parecer, los más antiguos de nuestra lengua. Empiezan así:

«Júpiter torna, como suele, rico;
Cuerno derrama Jove copioso,
Ya que bien puede el Pegaseo monte
Verse y la cumbre.
Antes ninguno sabio poeta
Pudo ver tanto que la senda corta
Viese que á Griegos la subida siempre
Fuera y latinos, etc., etc.»

» Como ve usted por la fecha, los versos del Arzobispo de Tarragona son bastante anteriores á los coros de las *Nisís* de Fray Gerónimo Bermúdez, impresas en 1577, y mucho más á las *Eróticas* de Villegas, publicadas en 1618 (1).»

Siguiendo los consejos de Laverde, disponíase Menéndez y Pelayo, en 24 de Noviembre de 1874, á traducir la *Académica* de Pedro de Valencia, «poniéndola por introducción—decía—mi artículo biográfico-bibliográfico, un tanto aumentado».

Y escribiendo á su citado amigo, dice Menéndez y Pelayo, en carta de 3 de Enero de 1875:

«Ya está terminada y corriente para la impresión la Memoria sobre Trueba y Cosío. Hará un tomito algo más grueso que los de la *Biblioteca Española* de Medina y Navarro, puesto que consta de 20 pliegos de mi letra, y lleva por apéndice las poesías francesas de su hermano y alguna otra cosilla. Tengo esperanza de publicarla aquí, tomándome la Diputación, el Ayuntamiento y la familia de Trueba algunos ejemplares. En la misma forma de tomitos pudieran irse publicando los estudios sobre montañeses, que formarían una colección de 14 ó 16 volúmenes, distribuyendo la materia de esta ó parecida manera:

Tomo 1.º S. Beato de Liébana.—Éste pudiera hacer un volumen en 4.º, y más si añáramos la traducción de algunos escritos suyos.

(1) Comp. *Horacio en España*, ed. de 1885; 1, 28.